



Raúl Berzosa Martínez
Obispo auxiliar de Oviedo

MARIA, ¡BENDITA ENTRE LAS MUJERES!

*Homilía en la apertura de la Novena
a Nuestra Señora de Covadonga
Covadonga, 30 de septiembre de 2005*

Agradezco sinceramente a nuestro Señor Arzobispo y al Abad de este Santuario, la invitación a hablar María. Y reconozco que me siento más discípulo que maestro.

Pero permitidme una licencia: no voy a hablar “de” María, sino “a” María y “desde” María. Porque tú, María, no eres alguien del pasado o un recuerdo más o menos bonito: Eres alguien viva en ese maravilloso misterio que llamados comunión de los santos.

Y voy a comenzar confesándote algo, Madre. No soy ingenuo: Sé que no es sencillo hablar de ti. Sé que no eres bien acogida en muchos ambientes, incluso teológicos.

Algunos de nuestros hermanos separados, los protestantes, dicen que eres el culmen de todas las herejías y el mayor impedimento para un verdadero diálogo ecuménico y que los católicos te preferimos a ti, antes que al Espíritu Santo en el misterio de la Trinidad. Como si nuestro credo católico fuese Padre, Hijo y Virgen María.

Nuestros hermanos de confesión ortodoxa recelan de los últimos dogmas católicos, particularmente por haberte declarado Inmaculada ya que, según ellos, afirmar esto es tanto como restarte tu libertad; como si Dios te impidiera ser una persona libre y haber exclamado el “fiat” libremente.

Y por si lo anterior fuera poco, en nuestros ambientes católicos, los entendidos no saben muy bien dónde situarte: si más al lado de Jesús –y resaltar de ti todos tus privilegios, haciéndote una super cristiana– o rebajarte a ser una simple cristiana de a pie, peregrina en este valle de lágrimas y zarandeada por las mismas vicisitudes que padece la Iglesia.

Pero también fuera de la Iglesia el ambiente tiende a relegarte o a luchar en tu contra. Ciertas tendencias feministas, que reivindican la liberación radical de la mujer, te ven como modelo desfasado y obsoleto; como signo de una mujer sumisa y esclava, sin iniciativas y sin nada que decir a este s. XXI, el siglo de la mujer por excelencia.

Y, sin embargo, María, en tu misterio bien entendido, se descubre el verdadero rostro de Dios y el verdadero rostro e identidad del ser humano. Y, sobre todo, la autenticidad de ser mujer, también mujer de hoy. Por eso, ¡Bendita Tú entre todas las mujeres!

María, icono de Dios

Tu persona, María, hay que contemplarla no con los ojos de la carne, sino del Espíritu; no desde dimensiones sociológicas, psicológicas o filosóficas y literarias, sino desde el plan de Dios.

Tú no eres un personaje mitológico, inexistente o fantástico; ni siquiera eres una necesidad de la humanidad pobre y oprimida; ni mucho menos un invento de la Iglesia con no sé qué intenciones extrañas. ¡Eres un invento de Dios; sí, ante todo, un invento de Dios! Se te ha llamado con razón icono del misterio, porque verte a ti, es ver el misterio y la obra de Dios, del Dios vivo.

¡Cuántas veces, a los más jóvenes, he tenido que repetirles que tú, María, en solitario tienes poco que decirnos! Tu gran secreto, tu verdadera grandeza, es estar cerca de tu Hijo y de nosotros, tus hijos. Tú eres lo penúltimo; lo último es Dios; eres como un puente: llevas a la humanidad a Dios y a Dios a la humanidad. Eres la mujer ideal.

Y, si ya de entrada, alguien me pregunta por qué eres modelo de feminidad y bendita entre las mujeres, utilizaré tres palabras, las mismas que el Poverello, Francisco de Asís, mostraba a sus frailecillos: María, eres, al mismo tiempo, esposa, madre y hermana. Esposa que te dejaste fecundar por el Espíritu Santo; madre que diste a luz al Hijo de Dios, y hermana que supiste vivir el evangelio como un verdadero peregrinaje. ¡Qué acertadamente el Papa Juan Pablo II te llamó Peregrina de la Fe!

A la luz de tu vida, María, estamos llamados a ser esposos –que dejan que la vida del Espíritu Santo nos vaya transformando por dentro–, madres que sabemos darnos a luz unos a otros a Cristo y hermanos que vivimos el evangelio de la esperanza.

María, casa de Dios

María, te vuelvo a confesar un secreto personal: muchas veces, cuando me han pedido hablar de ti con pocas palabras, me he atrevido, como si fuera un titular de periódico, a decir que “fuiste la mujer que dejó a Dios ser totalmente Dios en su vida”. Y, por lo mismo, y como efecto doble, dejaste a cada hombre que estaba a tu lado, ser lo que estaba llamado a ser en profundidad: lo experimentaron desde tu prima Isabel hasta tu esposo San José. Desde tus parientes de sangre hasta los discípulos de tu Hijo, tu verdadera familia.

Dejar a Dios ser Dios. Esta es nuestra más profunda vocación. San Juan de La Cruz, el gran místico, afirma que el Espíritu Santo nos habita desde el día de nuestro Bautismo. Pero en algunas casas se encuentra más a gusto que en otras. Porque en algunas, encuentra ciertas habitaciones cerradas o con sombra y pecado. Puede ser la habitación de la razón, de los afectos o de las obras... Pero en ti, María, todas las habitaciones estaban libres y abiertas para El.

Sí, Dios Trino te habitaba en totalidad; no es extraño que El mismo te llamara, por medio del ángel, mujer kejaritomene, que es tanto como decir, la mujer llena de gracia por dentro y por fuera. La mujer totalmente agraciada y graciosa. La Eva final. La mujer que supo encarnar como nadie en su vida las bienaventuranzas del Evangelio.

Todas ellas hablan de ti y de tu Hijo. Cuando los jóvenes me preguntan cómo era Jesús en verdad, o cuando me preguntan cómo eras tú, les remito a las bienaventuranzas. Y para que las entiendan, comienzo afirmándoles que el Evangelio no divide a los hombres en ricos y pobres, en progres o en carcas, en listos o tontos, sino en aquellos que se han dejado amar por Dios, que han dejado que Dios entre en sus vidas y les dé un giro de 180 grados, y aquellos que creen que la salvación sólo está en ellos y en sus proyectos humanos. Que se pueden salvar por sí mismos o que ya tienen la salvación.

María, Madre bienaventurada

Tú entendiste como nadie, Madre, que el primer mandamiento de la ley de Dios no es amar a Dios sobre todas las cosas, sino dejarse amar por Dios. Porque ¿cómo se puede amar si antes no se ha recibido el amor? Ese es precisamente el contenido de la primera bienaventuranza (Mt 5,3; Lc 6,20): ser pobre de espíritu. A ti, María, te llamaron con justicia “anawin”, pobre de Yahvé, la que supo esperar contra toda esperanza, la que formó parte del resto del Pueblo de Dios en los tiempos más difíciles y desesperanzados. ¡Gracias madre por el milagro de tu existencia!

La segunda bienaventuranza llama dichosos a los mansos (Mt 5,4), los que buscan antes los derechos de Dios que los suyos propios, los que están devorados por el celo de Dios. ¡Qué importante y decisivo es descubrir en nuestra vida, como Tú María, que Dios tiene sus derechos sobre nosotros!

«*Dichosos los que lloran*» (Mt 5,4; Lc 6,21). A tu luz, María, entendemos que quienes lloran son aquellos que sienten que el mundo no camina según el plan de Dios. Y sufren por ello, como Dios sufre. Porque nuestro Dios tiene corazón, es un ser personal y trinitario. Estos bienaventurados entienden que tener fe es ver la vida con los ojos mismos de Dios, sentir con su corazón y hacer con sus manos. Como tú, madre.

«*Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia*» (Mt 5,6; Lc 6,21) Justicia en la Biblia significa santidad. Esta bienaventuranza nos habla de tomarnos en serio como su Hijo nos toma en serio y asumir y vivir de forma coherente lo que significa el compromiso bautismal. De nuevo, tú eres para nosotros ejemplo; tú eres la llena de gracia, la perfecta cristiana, la que como nadie siempre y en todo momento tuvo hambre y sed de justicia.

«*Bienaventurados los misericordiosos*» (Mt 5,7), aquellos que tienen entrañas y corazón de madre. Porque misericordia en la Biblia significa literalmente útero materno en el que todos caben y el que a todos acoge. María, si algún título te pertenece en propiedad es precisamente éste: Madre de misericordia.

«*Bienaventurados los limpios de corazón*» (Mt 5,8). Los que caminan por la vida con una transparencia total, sin caretas, y con radicalidad y coherencia totales en todos los campos, incluida la vivencia del amor verdadero, libre y casto según el estado de vida de cada uno. Tu título de “llena de gracia”, kejaritomene, se puede traducir también, María, como la toda limpia de corazón, la que deja ser a Dios totalmente y siempre en su vida.

«*Bienaventurados los pacíficos*» (Mt 5,9), los que están sin pecado y en armonía con Dios, consigo mismo y con los demás. Los que viven al día y están unificados. Bienaventurados, en otras palabras, como tú, María, los que viven la comunión perfecta.

Y, finalmente, «bienaventurados los perseguidos e insultados» por causa de Jesucristo y del Evangelio (Mt 5,10-11; Lc 6,22). Me recuerda, María, una frase atribuida a Peguy: «Tener la verdad es comenzar a sufrir; defenderla, comenzar a morir». Pero, añadido, bendita muerte que da la vida. No hay que tener miedo a ser signo de contradicción, sin fanatismos. Como nos repite el Papa Benedicto XVI: quien se encuentra con Cristo no solamente no pierde nada sino que gana todo.

Al finalizar esta breve exposición me hago una pregunta: ¿Es difícil cumplir las bienaventuranzas? Tú me respondes que, humanamente, es imposible. Se necesita el Espíritu que, como a ti, María nos transforme en criaturas nuevas. El mismo Espíritu que, dentro de unos momentos, convertirá el pan y el vino en el Cuerpo y Sangre de tu Hijo.

Concluyo con una oración que se encuentra en la catedral de nuestra Señora de Lübeck, en Alemania y que son como las nuevas lamentaciones de Jesús hoy a su pueblo que no siempre quiere vivir las bienaventuranzas: «*Me llamáis luz y no creéis en mí; me llamáis camino y no me recorréis; me llamáis vida y no me deseáis; me llamáis maestro y no me seguís; me llamáis Señor y no me servís; decís que soy rico y no me pedís; decís que soy misericordioso y no confiáis en mí*».

Concedenos, por eso, Señor que como María, la Virgen de Covadonga, Tú seas nuestra luz, nuestro camino, nuestra vida, nuestro maestro, nuestra riqueza y nuestro perdón. Tú que vives y reinas con el Padre y el Espíritu por los siglos de los siglos.

Raúl Berzosa Martínez, Obispo auxiliar de Oviedo